

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Jesús viene a nuestra miseria
(13 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Jesús viene a nuestra miseria (13 días)

Día 1

Sal. 103:8; 23:6

Hay muchas canciones donde encontramos el “hilo rojo”, la verdad central: “Él vino a nosotros, a nuestra miseria”. “Hoy sale de su gloria el Hijo de Dios que nos saca de nuestra miseria”. “Yo vagaba mucho tiempo en el error, agobiado en el pecado y el temor; cuando ví al Salvador y escuché su tierna voz, mi Señor me hizo libre por su amor”. “Inmensa la obra de Cristo en la cruz, enorme la culpa se ve por su luz; al mundo él vino, nos iluminó, y por nuestras culpas el justo murió”. “Pensar que del trono divino Jesús bajó mi alma rebelde y altiva, para buscar, y que él extendió hacia mí su insondable amor que puede salvar, redimir y justificar”. “Tú dejaste tu trono y corona por mí, al venir a Belén a nacer” (Himnos y cánticos del evangelio N° 513; 342; 478; 123)

Todas estas verdades expuestas en diferentes canciones e himnos expresan también las palabras dichas por un líder de una organización misionera: “Nosotros vivimos en un mundo lastimado y herido. Qué bueno que Jesús vino y tuvo misericordia de nosotros”.

Esto era y sigue siendo la gran preocupación de Dios, tener misericordia de nuestra miseria. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Dios en Su misericordia se inclina hacia nosotros. Esto no es sólo un tema para el tiempo de Navidad, sino para todos los días y toda situación. Martín Lutero cuenta en una de sus canciones: “Él dijo a Su Hijo amado: Ya es tiempo de tener misericordia; baja, Hijo mío, corona de mi corazón, y sé salvación para los necesitados y sácalos del pecado ... El Hijo era obediente y vino a mí, a la tierra”. “A mí”, ¡qué certeza! (Lea Lc. 1:54.55.68-75.79.)

Día 2

Jn. 5:1-4

En los evangelios encontramos comprobaciones que Jesús vino para tener misericordia con los que están en sufrimiento y miseria. El significado original de miseria es: no tener patria, encontrarse en el extranjero. Jesús dejó la gloria de Dios su Padre para sacarnos de la lejanía de Dios y llevarnos de regreso a Él. Junto a Él en el cielo tendremos para siempre nuestro hogar, nuestra patria. Este es el regalo de la entrañable misericordia de Dios (comp. Lc. 1:78).

1. Jesús no es indiferente a la miseria

Jesús estaba de camino hacia Jerusalén para participar de la fiesta de los tabernáculos. Ya llegaba cerca de la puerta de las ovejas, al estanque llamado Betesda, que traducido significa: “casa de misericordia”. En aquel tiempo este lugar estaba muy frecuentado. Allí habían cinco pórticos. Las excavaciones prueban que este lugar existió en el tiempo de Jesús. Al lado norte del patio del templo encontraron restos de un estanque doble junto a cinco pórticos, probablemente construidos por Herodes el Grande.

Este lugar lo llamaban “casa de misericordia”, pero por lo que pasaba allí, lo deberíamos llamar “casa de inhumanidad” (falta de misericordia). Allí yacían personas con muchas enfermedades y problemas: cojos, ciegos y otros enfermos. Todos ellos esperaban. Ellos anhelaban que Dios tuviera misericordia de ellos y que el agua se moviera. Creían que aquella persona que entraba primero al agua, se sanaba. Pero solamente esta persona.

¡Qué desilusión debe haber sido cada vez! Aquí deben haber estado no solamente enfermos muy tristes, sino probablemente varios estaban amargados en sus corazones. Allí estaban muchas personas juntas que necesitaban ayuda y sanidad y sólo una recobraba su salud.

Aquí se necesitaba muy urgentemente a Jesús, porque la miseria debe llegar a Jesús. Sea lo que fuere lo que nos pesa y preocupa: Jesús está a nuestro favor. (Lea Mt. 11:28; Sal. 46:1-3.)

Día 3

Jn. 5:5; Mt. 9:35.36

Las excavaciones de los arqueólogos han comprobado que el estanque de Betesda pudo haber sido una cisterna que se alimentaba de una fuente subterránea. Puede haber sido una fuente de aguas curativas que de vez en cuando removían el agua. Bien nos podemos imaginar que allí junto al estanque yacían personas en condiciones de miseria. Aunque estas personas hubieren sabido algo de Jesús y sus poderes sanadores, ellas no podían llegar a Él, necesitaban de alguien que les ayudara. (Comp. Mr. 2:1-4.)

“No es demasiado decir cuando digo que esta multitud de miseria en el estanque de Betesda simboliza la gran miseria que hay en nuestro mundo” (K. Vollmer). Como los enfermos junto al estanque no podían llegar a Jesús, en ese día Jesús llegó a ellos. Ese fue el momento preciso determinado por Dios para la casa Betesda. (Comp. Lc. 4:18-21.) Jesús vino de la gloria de Su Padre para cambiar la miseria de los hombres en salvación por gracia. Esto es misericordia de Dios: “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2.Co. 6:2b).

Nosotros somos impotentes frente a la miseria humana. Pero conocemos al Salvador del mundo quien es todopoderoso, nuestro Señor Jesucristo. Podemos testificar que Él ama muchísimo a cada uno y lo mira con bondad. Por eso podemos decirle toda nuestra aflicción y pedirle Su ayuda. Él oye y ve con Su corazón.

En aquel tiempo no hizo un rodeo por el lugar de la miseria. El Señor Resucitado tampoco lo hace hoy. Al contrario: Él vino como Salvador y ayudador para todo el mundo y para cada uno en particular.

¿Cuántos necesitados habrán estado allí en los pórticos junto al estanque? Él no se olvida de ninguno. ¿Por qué habló justo a este hombre? (Lea Sal. 50:15; 121:1-8.)

Día 4

Jn. 5:1-7; Mt. 20:28

Jesús llega a este lugar de miseria a propósito. Él no pasó de largo como leemos de un sacerdote y un levita que pasaron de largo de un hombre medio muerto, golpeado por unos malhechores. Jesús actúa en el estanque de Betesda como el buen samaritano en la parábola que Él había contado. Leámoslo en Lc. 10:30-37. Jesús estaba de camino de la fiesta de los tabernáculos y de paso hizo una visita en “el hospital”; pues Jesús y la miseria humana tienen que encontrarse.

Él siempre estaba allí donde Su Padre quería que estuviera. En el correr del tiempo, el cronos, Jesús ponía atención al kairos, el momento determinado por Dios. El profeta Ezequiel nos hace saber que Dios quiere fortalecer lo débil y vendar lo herido (Ez. 34:16), y en Jer. 31:25 dice Dios mismo: “Porque satisfaré al alma cansada, y saciaré a toda alma

entristecida”. Jesús quiere lo que Su Padre quiere, por eso se deja guiar por Él. Él dice de sí mismo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió” (Jn. 4:34).

El Padre celestial es un Padre amoroso, por eso atiende con misericordia y bondad la miseria. Y Jesús hace lo mismo. Dios escucha cuando la gente clama: “Oh Dios de los ejércitos, restáuranos; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos” (Sal. 80:7). Agregamos la bondadosa invitación: “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo” (Sal. 55:22).

2. Jesús se acerca a un necesitado,

quien hacía treinta y ocho años que estaba enfermo, sin poder moverse, muy discapacitado. A éste ve Jesús. ¿Significa este hecho, que aquel hombre es el más sufrido y necesitado? No lo sabemos, pero Jesús ve mucho más profundo que nosotros. Él ve más que nosotros. Él es Dios, quien ve mas allá de todo lo que tiene que ver con nuestra vida. (Lea Gn. 16:8-13; 1.S. 16:7; Jn. 2:25.)

Día 5

Jn. 5:1-7

Jesús ve a aquél que lo necesita con mucha urgencia en ese momento. Esa mirada también la tenía para Zaqueo, a quien llamó para que bajara del árbol para ser salvo, lo mismo como para Leví, quien dejó el banco de los impuestos después del llamado y llegó a ser discípulo de Jesús (Lc. 19:1-10; Mt. 9:9-13).

Jesús sabía claramente para quien de los muchos enfermos en el estanque de Betesda había llegado la hora de Dios. Lo mismo sabe hoy. Ninguna persona que hoy le llama a Él, será desoída.

Allí junto al estanque se dirigió a este hombre, a él lo quería ayudar. Jesús no tenía que rendirse ante esa enfermedad difícil o esa discapacidad, el diagnóstico no era: incurable. También algunos creyentes tienen que vivir con un diagnóstico: incurable y esto es muy difícil. Pero el Señor puede dar curación. Cuando esto no sucede, a pesar de mucha oración, debemos confiar en el Señor y aceptar la enfermedad, pues el divino propósito es diferente a nuestro deseo. El plan y los propósitos de Dios siempre son buenos. Por lo general no nos resulta fácil aceptar la situación cuando no vemos mejoría a pesar de las oraciones porque sabemos que Jesús es aquél que todo lo puede, que nada es imposible para Él. Él dice de sí mismo: “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”, y también: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Mt. 28:18; Jn.16:33).

Jesús es mucho mayor que todo lo que nos atemoriza. Allí está delante del enfermo junto al estanque de Betesda. Él quería ayudar, pero primero le hace la importante pregunta, que quizás nos parece rara: “¿Quieres ser sano?” Justo por eso es que el enfermo estaba allí, para recibir ayuda y sanidad de su sufrimiento. ¿No era más que lógico que él quería ser sano? Pero Jesús como consejero con autoridad de Dios le pregunta. La sanidad se debe querer de corazón para poder vivir como sanado. Jesús no quiere curar sin el preciso “sí” del enfermo, quien realmente necesita ser curado. (Lea Mr. 10:46-52.)

Día 6

Jn. 5:1-7; Jer. 17:14

“¿Quieres ser sano?” ¡Qué pregunta! Sin embargo: Puede ser que una persona quiere seguir estando enferma. Porque al enfermo no se le pide mucho: no tiene responsabilidad ni

tiene que preocuparse por su propia vida. Si uno está sano, no goza de compasión ni ayuda especial. Es posible también que uno viva con autoconmiseración y esté esperando continuamente la ayuda de otros, puede ser que él mismo no esté consciente de esto.

Por eso la pregunta de Jesús es importante y ayuda a pensar. ¿Estoy dispuesto a vivir como persona sana con todo lo que significa? La sanidad no se impone a nadie. Jesús desafía al enfermo y él tiene que responder.

Aparentemente el hombre no responde a la pregunta, pero lo que dice también es una respuesta. Él describe su miseria. Esto es el grito de una persona que no solamente habla de su enfermedad, sino también habla de su soledad: "No tengo quien me ayude". (Comp. Sal. 72:12; 142:1-5.) Esa situación es muy angustiosa para una persona que no puede moverse sola y depende de alguien. Él necesitaba a alguien que le ayudara a entrar al agua agitada.

¿Cómo habrá sido cuando llegaba el momento preciso y el agua se movía? ¡Qué caos se debe haber producido! Probablemente había mucha desconsideración. Cada cual era su prójimo. Aquél que no tenía ayuda de nadie no tenía chance. La "casa de misericordia" llegó a ser casa de egoísmo. "Entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo".

Jesús que está delante de él no quiere ayudarlo a entrar al agua, sino quiere sacarle de su miseria. Él no necesita el agua. Un hombre que tenía mucha fe decía a Jesús: "Solamente dí la palabra, y mi criado sanará". (Lea Mt. 8:5-13.)

Día 7

Lc. 10:25-28; Sal. 86:11

¡Jesús puede! Por lo general no podemos sacar a otra persona de su situación menesterosa. Pero sí podemos estar a su lado para que no tenga que decir: No tengo a nadie. Porque la miseria de cualquier índole tiene que llegar a Jesús, podemos junto con el necesitado ir a Jesús, el único que puede ayudar, curar y afirmar. Entonces aquel del cual nos ocupamos puede decir: Tengo a una persona. Pero Jesús es el más grande. Él es el verdadero hombre y verdadero Dios, por eso nunca está limitado.

En nuestro caso puede ser muy fácil que lleguemos a nuestros límites, que no calculemos bien nuestras fuerzas. Así puede pasar que nosotros mismos caemos en la miseria. Como ayudadores necesitamos la guía del Señor quien prometió: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos" (Sal. 32:8).

Esta promesa vale para todas las tareas que debemos hacer. Tomemos en serio lo que el Señor dice y pidámosle confiadamente: "Señor, tú lo dijiste, por favor, guíame ahora". Jesús no sanó a todas las personas que estaban esperando sanidad en el estanque de Betesda. Él pidió a Su Padre las instrucciones de lo que debía hacer. Nosotros podemos hacer lo mismo. (Lea Pr. 20:12; Mt. 13:16.)

¿Somos personas que oyen, no solamente en momentos especiales de decisiones, sino en medio de la vida cotidiana cuando hay que tomar muchas decisiones pequeñas? Sin la guía del Espíritu Santo no sabremos lo que se debe hacer y qué se debe dejar de hacer. "Cuando el hombre oye, Dios habla", dijo Klaus Bockmühl.

Otra persona preguntaba y comentaba: "¿Qué pasa si nos sentamos a la mañana para nuestro devocional? Cada uno de mis días comienza con un tiempo de escuchar a Dios. Es un tiempo de admiración y fascinación, que no quiero perder".

Día 8

Jn. 5:8.9; Is. 63:1

3. Jesús pone fin a la miseria, en el día de reposo.

“¡Levántate!” ¡Enderézate de tu lecho! El enfermo estaba acostado sobre un tipo de alfombra, uno la podía enrollar y llevar a otro lado. Por eso el mandato de Jesús: “¡Toma tu lecho!” “Ya no lo necesitas”. “Anda, deja atrás este lugar de miseria”. Esto acontece en un día de reposo, en Jerusalén, probablemente cerca del templo. (Lea Mt. 12:1-8.) Es extraño que el enfermo obedece a este mandato inusual. Él hace lo que hasta ahora no había podido hacer. ¿Habrá sentido en las palabras de Jesús la autoridad de Dios? En el texto no lo dice, pero percibimos que el enfermo confía que Jesús no dice palabras vanas, sino que acontecerá lo que dice.

Esto nos hace pensar en las primeras páginas de la Biblia, donde leemos: “Y dijo Dios y aconteció”. Así Dios creó el universo y al hombre, y así Jesús quería sanar a este hombre. Él no tocó al enfermo. Es por el poder de la palabra divina que este hombre se sanó. Todo lo que por treinta y ocho años no lo podía hacer, ahora era posible de hacer. Él podía levantarse, caminar y llevar su cama que hasta el momento había ocupado. ¡Qué transformación! Esa se realizó por la palabra del Señor. Tres órdenes cortas producen la transformación completa de la situación vivida por treinta y ocho años. El día de reposo llegó a ser día de salvación.

Un profesor de teología opinaba que no podemos vivir como personas modernas y creer en milagros. El hombre moderno no cree en milagros, decía él.

Que podamos creer en milagros y experimentarlos depende de cómo pensamos de Dios, si para nosotros Él es pequeño o grande. ¡Tenemos un Dios grande! (Lea Job 5:8.9; Sal. 145:1-8.)

Día 9

Jn. 5:8.9; Lc. 7:18-23

¿Acaso no hemos experimentado el maravilloso obrar de Dios en nosotros y por nosotros? Sabemos que Dios efectúa milagros. Un filósofo dijo: “Los milagros van contra la razón”. Es verdad, con nuestra mente no podemos explicarlos, ya que sobrepasan nuestra posibilidad de pensar.

Un hombre de Dios que siendo inocente se encontraba en la cárcel y que ya no podía entender a Jesús, aunque antes estaba muy seguro acerca de Jesucristo, mandó a preguntar a Jesús: “¿Quién eres?” Él había escuchado de los muchos milagros, y una y otra vez la gente que experimentaron lo que Jesús hacía preguntaron: ¿Quién es éste?

Juan el Bautista mandó a preguntar: “¿Eres tú el que había de venir?” También por su arresto preguntaba así, pues si Jesús realmente fuera el Mesías, no lo hubiera permitido. Del Mesías se esperaban milagros. En la respuesta que Jesús le dió se notaba que Él hacía milagros según la promesa (Is. 61:1.2; Lc. 4:18-21).

El Bautista conocía el Antiguo Testamento y en la respuesta que los enviados le dieron de Jesús, él podía estar seguro que en Jesús se cumplían las promesas mesiánicas. Se hablaba de ciegos que recibían la vista, de cojos que andaban, de leprosos que quedaban limpios, de sordos que podían oír y de muertos que revivían. Jesús hizo lo que Dios había anunciado. Los milagros muestran quien es Jesús.

En la tormenta en el Mar de Galilea Jesús reprocha la poca fe de sus discípulos. Ellos tenían mucho temor de perder la vida. El que perdió la fe ve solamente el peligro, pero

Jesús ofrece algo mejor: ¡Fija tus ojos en mí, confía totalmente, pégate a mí! (Lea Mt. 8:23-27; 14:22-33.)

Día 10

Jn. 5:10-14

Tenemos un Dios que hace milagros. Los milagros que experimentamos muchas veces acontecen en secreto. Aparentemente Jesús lo quiere así, pues los milagros son solamente señales, más importante es Su Palabra. ¿Acaso no es un milagro cuando el Señor fortalece nuestra alma opacada y triste de tal forma que podamos seguir confiadamente hacia adelante, aunque la situación no haya cambiado? Solo el hablarnos ya nos ayuda. Esto pueden testificar muchos creyentes que han experimentado milagros.

El enfermo en el estanque de Betesda ha experimentado delante de mucha gente un gran milagro. Uno que estaba postrado en su lecho podía andar y llevar cargas. ¡Qué milagro!

Con la curación física no terminó el encuentro con Jesús. Le siguió una palabra personal en el templo. Ahí se trata del milagro real: la sanidad interior del hombre. A Jesús le importa la sanidad íntegra, la del cuerpo, del alma y del espíritu. “Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor”.

Jesús buscó a este hombre porque él necesitaba aún la sanidad interior. Que él podía llevar su camilla después de treinta y ocho años no significaba que ya estaba totalmente sano. La relación con el Salvador Jesucristo no se realiza automáticamente, sino que depende de una decisión. Por eso Jesús comienza la conversación acerca de la mayor miseria que sufrimos los humanos: el pecado. Éste nos separa de Dios. Pero Dios nos perdona y nos purifica cuando reconocemos el pecado y lo confesamos ante Él como tal.

En caso contrario nos toca lo peor: La perdición y la eternidad separados de Dios. Por eso Jesús buscaba el segundo encuentro. Él quería sanar íntegramente. (Lea Is. 55:7; Mi. 7:18.)

Día 11

Sal. 103:1-13

¿Habrá Jesús preguntado al hombre en el templo otra vez: ¿quieres ser sano?? Pues la sanidad se debe querer. Dios creó todas las condiciones para que cada persona pueda experimentar total sanidad del daño del pecado, pero Él espera nuestro querer.

“Sí, Señor, yo necesito tu sanidad, quiero ser sano”. Nadie tiene que permanecer en la miseria del pecado. Dios perdona el pecado completamente. En la parte física pueden quedar problemas. En muchos casos la enfermedad debía cumplir un propósito en el enfermo mismo o con las personas de su entorno. Pero lo que a causa del pecado aconteció, el Señor lo quiere curar, para eso pagó un precio muy alto. “El castigo de nuestra paz fue sobre él (esto vale para la sanidad interior), y por su llaga fuimos nosotros curados” (lea Is. 53:4.5; 1.P. 2:24).

Todo daño del pecado Jesús lo quiere sanar. Lo hizo la primera vez cuando comenzamos nuestro discipulado, pero el perdón y la purificación los necesitamos muchas veces. Al “baño de renacimiento” seguirá el “lavamiento de los pies” diario. (Lea Jn. 13:4-11; Tit. 3:5.) Sin “lavamiento de los pies” nos quedamos demorados y atrapados por obstáculos en el camino

del discipulado, pues el pecado “pesa y nos asedia” (He. 12:1.2).

Pueden ser también pecados preferidos que no queremos soltar. Por eso la pregunta de nuestro Señor es tan importante para cada uno de nosotros: ¿Quieres ser sano? Nuestro Salvador Jesucristo quiere sanar y Él sabe dónde necesitamos sanidad. Él lo sabe mejor que lo que nosotros sabemos o queremos saber. Él pregunta: ¿Quieres ser sanado de la envidia, de los celos o de la arrogancia y del orgullo? ¿Acaso no son estas las enfermedades originales de la humanidad? ¡Cuántas veces honramos nuestro yo que se levanta sobre los demás! Dios puede y quiere curarnos. (Lea Ef. 1:7; 1.Jn. 1:7-9.)

Día 12

Sal. 41:4; Is. 57:18

Nosotros los creyentes también necesitamos sanidad de la disconformidad muy extendida. El pastor Modersohn pregunta con el título de un libro: “¿Estás conforme con Dios?” Viendo los anhelos no cumplidos muchas veces se deja de ver las muchas bondades de Dios dadas y hechas. La sanidad de la disconformidad es posible por el agradecimiento y una nueva entrega a aquel que nos da la vida en abundancia. (Lea Jn. 10:10b; Sal. 23:1-6.)

En el pueblo de Dios encontramos mucha incredulidad y dudas. En el Sal. 78 se enumeran las muchas maravillas que los israelitas habían experimentado. “Hablaron contra Dios diciendo: ¿Podrá poner mesa en el desierto? He aquí ha herido la peña, y brotaron aguas, y torrentes inundaron la tierra; ¿podrá dar también pan? ¿Dispondrá carne para su pueblo?” (v. 19.20). Por cuarenta años Dios les preparó una mesa en el desierto. A pesar de esto preguntaron: ¿Podrá Dios? ¿Hará Dios?

Probablemente nosotros conocemos tales preguntas en nuestros pensamientos también. Aunque en nuestro caso posiblemente no se trata de comida, sino de otras cosas que nos parecen necesarias. Dios puede y quiere contestar en Su tiempo. (Lea Ro. 4:18-22; 1.R. 8:56.)

¿Queremos ser sanos realmente? Jesús quiere sanar a sus discípulos también de sentimientos de inferioridad, detrás de los cuales muchas veces se esconde el orgullo. El que sufre bajo tal complejo no está conforme de sí mismo. No se acepta como es y como Dios lo ha creado. Dios creó a cada uno como único ejemplar, y nosotros nos ocupamos con las comparaciones.

¿Quieres ser sano?, nos pregunta Jesús también a nosotros. No nos conviene esquivarle a Él. Sería bueno buscar personas con autoridad espiritual que nos puedan decir lo que perciben en nuestra actitud y lo que desagrada a Dios. Aquel que quiere ser sano, escucha el consejo. (Lea Sal. 139:23.24; Ro. 8:27.)

Día 13

Sal. 16:1.11; 18:36

En el segundo encuentro en el templo Jesús habla seriamente con el sanado acerca del pecado. Suponemos al leer las palabras del Señor que Él perdonó sus pecados. Pero Jesús le exhorta con insistencia no pecar más. ¿Se puede esperar esto? Solamente es posible si el sanado de aquí en adelante se aferra a Jesús. Nosotros de nuestra propia fuerza tampoco lo podemos hacer, pero el Señor por medio de Su Espíritu lo puede obrar.

Un pastor cuenta: “Hace poco estuve en la casa de personas de renombre, donde se había juntado un grupo de hombres y mujeres. Conversando se tocó el tema del pecado,

muchas veces ridiculizado. También aquí se sonreían. Entonces un hombre experto en economía y recursos de energía dijo: 'Sí, respecto al pecado ahora no se puede hablar con la gente. Pero quiero decirles algo: Aunque no tuviera pecado, tengo muy dentro mío todo un zoológico: un león que ruge a mi esposa, una víbora que le inyecta veneno, una anguila que se escurre diligentemente por cualquier lado aún a costa de la verdad, un erizo, cuando este aparece hiere con sus pinches a todos a su alrededor. Oh, no, no hablo de pecado, solo de un zoológico. Tengo que confesar, que contra estos adversarios no puedo hacer nada. En el momento que estos aparecían, ya habían dañado y destruido todo.

Pero desde que conozco a Jesús hay una diferencia. Ahora estos no vienen tan seguido. Ellos sienten y temen a su domador, ante Él tienen que retirarse'. Ahora ninguno de los presentes se reía" (H. Schäfer).

Viviendo con Jesús aprendemos a vencer el pecado, porque podemos pedir: "Señor, sosténme junto a ti, cada día, para que no me pierda y no yerre el camino" (M. Holiday). (Lea Sal. 51:10-12; 1.Co. 15:57.)